

VERRINA. — Comprendo. Oye, pues : tengo á sueldo, hace algun tiempo, un pintor que trabaja ahora en un lienzo que representa la caída de Apio Claudio. Fiesco es adorador de las bellas artes, y se entusiasma con facilidad á la vista de un asunto elevado. Haremos que lleven el cuadro á su palacio, y mientras le contemple, permaneceremos junto á él. Tal vez al aspecto de la pintura despertará su genio... tal vez...

BORGOGNINO. — Para nada le queremos. Redobla el esfuerzo, y nó los auxiliares, dice el héroe. Tiempo há que sentia en mi alma un vacío que nada podia llenar, y advierto de súbito que era... (*Se iergue con heroico ademan.*) Ya tengo un tirano.

(*Cae el telon.*)



ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Antecámara en el palacio de Fiesco.

LEONOR. — ARABELLA.

ARABELLA.

OS digo que no. Sin duda no lo habeis visto bien, ó lo habeis visto con los ojos de los celos.

LEONOR. — Era Julia en persona ; vaya, no hables más de ello. Mi retrato iba colgado de una cinta azul celeste, y ésta era de color de fuego... Mi suerte está decidida.

ESCENA II.

Dichos. — JULIA.

JULIA. — (*Con afectados modales.*) El Conde me ha invitado á ver desde su palacio el cortejo que se dirige á la casa capitular. ¡Qué largo va á parecerme el tiempo! Mientras traen el chocolate, señora, hacedme compañía. (*Arabella se va, y vuelve á poco.*)

LEONOR. — ¿Quereis que invite á alguien á pasar aquí?

JULIA. — ¡Ca, no! ¡Qué horror!... ¡Como si aquí viniera por ver gente!... Vos me distraereis, señora. *(Se pasea haciendo mil dengues.)* Podeis empezar, porque no tengo qué hacer.

ARABELLA. — *(Con malicia.)* ¡Oh, qué preciosa mano, señora! ¿No se os ocurre cuán cruel ha de ser privar á los galancetes, de la vista de esta lindeza?... ¡Y qué brillante aderezo de perlas!... Casi deslumbra... ¡Dios mio!... ¡Si parece que cargasteis con todos los despojos del mar!

JULIA. — *(Delante de un espejo.)* Para tí, muchacha, esto es una rareza; pero oye; ¿tus amos te tomaron tambien para que hablaras?... ¡Está gracioso, señora!... Obsequiais á vuestros huéspedes por medio de los criados.

LEONOR. — Siento mucho que mi mal humor no me permita gozar de los atractivos de vuestra visita.

JULIA. — Esta cortedad y embarazo nace de la falta de hábito... ¡Vaya!... un poco de chispa... de viveza! Este no es el medio propio para encadenar á vuestro marido.

LEONOR. — Sólo conozco uno, Condesa; procurad que los vuestros sean siempre ocasion de simpatía.

JULIA. — *(Sin atenderla.)* ¡Y qué porte, señora! ¡Por Dios!... Cuidad más de vuestra persona, y echad mano de los recursos del arte, ya que la naturaleza os trató como madrastra. ¡A ver!... un poco de colorete en estas mejillas, que llevan impresa la huella de una pasión enfermiza. ¡Pobre criatura! Tal como estais, no enamorareis á nadie con vuestro rostro.

LEONOR. — *(Alegremente, á Arabella.)* Dame albricias, muchacha. Imposible que haya perdido á Fiesco, y si le perdí, no perdí gran cosa.

(Traen el chocolate, que sirve Arabella.)

JULIA. — ¡Hablais de haber perdido algo!... Pero ¡Dios mio! ¿cómo fue que se os ocurriera la trágica idea de casaros con Fiesco? ¿Por qué, vamos á ver, subir á tal altura, donde necesariamente habiais de ser vista, y arrostrar las comparaciones? Ciertamente, querida mia, quien os unió á él era un necio ó un tunante. *(Asiéndole la mano compasiva.)* ¡Pobre niña!... Un hombre como él, admitido en la buena sociedad, no podia ser para tí un buen partido.

(Toma una taza de chocolate.)

LEONOR. — *(Sonriendo, á Arabella.)* O bien no debiera desear que le recibieran en la buena sociedad.

JULIA. — El Conde tiene buena figura, y mucho trato y buen gusto. Ha tenido además la dicha de relacionarse con personas de distincion, y es discreto... animado!... Y ved aquí que cuando se sustrae á los halagos de la reunion en que ha ido animándose, y vuelve á casa, su mujer le recibe con su ordinaria ternura, y apaga el ardor de su alma con frios besos, y le sirve la correspondiente porcion de caricias, como un posadero á su huésped... ¡Pobre marido! Allí los hechizos del ideal que le sonríe; aquí el tedio que le causa la enfermiza sensibilidad de su mujer. Decidme por Dios, señora; si no ha perdido el juicio ¿qué elegirá?

LEONOR. — *(Presentándole una taza.)* Os elegirá á vos, señora... si lo ha perdido.

JULIA. — ¡Muy bien!... Yo volveré contra tí el epigrama. Tiembla por esta chanza... pero antes cúbrete de vergüenza.

LEONOR. — ¡Cómo!... ¿Tambien vos sabeis lo que sea ruborizarse? ¿Por qué no? ¿No es el rubor un nuevo artificio de tocador?

JULIA. — ¿Conque basta irritar al gusano para que eche tambien chispas? Bien... Fué chanza; dadme la mano, señora, en señal de reconciliacion.

LEONOR. — *(Dándole la mano con elecuenta mirada.)*

Condesa, cuidad que mi cólera no turbe vuestro reposo.

JULIA. — ¡Oh!... ¡Qué magnánima! ¿Pero no puedo serlo también yo á mi vez, Condesa? (*Lentamente y espiando á Leonor.*) Si llevo conmigo el retrato de cierta persona, ¿no se sigue de aquí que el original debe serme precioso?... ¿Qué os parece?

LEONOR. — (*Confusa y colorada.*) ¿Qué decis?... Espero que la consecuencia es algo aventurada.

JULIA. — También lo creo yo. El corazón no llama en su ayuda á los sentidos, ni el verdadero afecto va á refugiarse detrás de un simple adorno.

LEONOR. — ¡Dios mío!... ¿Por dónde venis á parar á esta verdad?

JULIA. — Por el camino de la compasión, de la simple compasión, señora. Porque... ¿veis? puede retorcerse el concepto y entonces volveis á poseer vuestro marido. (*Le entrega el retrato y se echa á reír con malévola intención.*)

LEONOR. — (*Con dolor.*) ¡Mi retrato en vuestras manos! (*Se echa en un sillón.*) ¡El indigno!

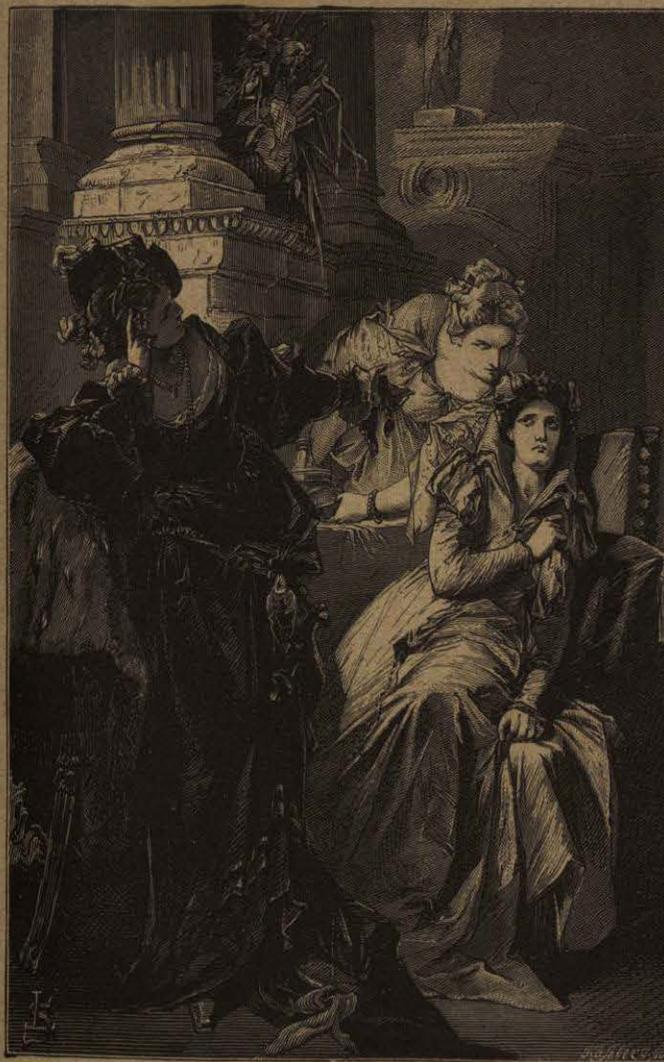
JULIA. (*Con júbilo.*) — Me parece que logré desquitarme ¿verdad? Pues bien, señora; basta de alfileretazos. (*Llama.*) ¡El coche! Logré mi objeto. (*A Leonor acariciándole la barba.*) Consolaos, hija mía. Me dió el retrato en un momento de locura. (*Se va.*)

ESCENA III.

LEONOR. — CALCAGNO.

CALCAGNO. — ¡Cómo es eso!... Sale de aquí muy animada la Condesa, y vos, en cambio, señora, estais conmovida.

LEONOR. — (*Con desgarradora pena.*) ¡No!... ¡esto es indigno!



Julia Dória y Leonor Fiesco.

CALCAGNO. — ¡Vive Dios!... Supongo que no llorais, ¿verdad?

LEONOR. — ¡Un amigo de aquel bárbaro!... Salid de mi presencia.

CALCAGNO. — ¡Qué bárbaro!... Me asustais.

LEONOR. — Mi marido. No, Fiesco.

CALCAGNO. — ¿Qué es lo que oigo?

LEONOR. — Nada; una villanía de las que suelen los hombres.

CALCAGNO. — (*Asiéndole la mano con viveza.*) Señora, ¡si supierais qué corazón el mío para compadecer á la virtud que sufre!

LEONOR. — (*Con gravedad.*) Hombre, al fin... Para mí no valeis cosa.

CALCAGNO. — Soy vuestro, señora, completamente vuestro... Si supierais qué sentimiento poderoso, infinito...

LEONOR. — Eres hombre y mientes... Antes prometes que das.

CALCAGNO. — Os juro...

LEONOR. — ¡Juramentos! Basta; que la misma Providencia divina debe de fatigarse de registrarlos todos. ¡Ah, hombres!... ¡hombres!... A ser vuestros juramentos otros tantos demonios, con ellos podriais escalar el cielo y prender á los mismos ángeles.

CALCAGNO. — Delirais, Condesa. Vuestro dolor os hace injusta. ¿Vais á condenar á todos por el crimen de uno solo?

LEONOR. — (*Mirándole con dignidad.*) Si á todos les adoraba en uno, ¿no he de aborrecerles en uno á todos?

CALCAGNO. — Tentad, Condesa, un nuevo paso. Mal empleo hicisteis de vuestro corazón la primera vez; yo sé dónde podría descansar.

LEONOR. — ¡Pero si al mismo Creador acabareis por arrojar del mundo con tanta mentira!... Nada quiero oír de tí.

CALCAGNO. — Hoy mismo debierais revocar en mis brazos tan dura sentencia.

LEONOR. — (*Fijando la atencion.*) Acaba ; ¿ en tus...

CALCAGNO. — En mis brazos que se abren para recibir á la abandonada esposa , y compensarla del amor que perdió.

LEONOR. — (*Mirándole con dignidad.*) ¡ El amor !

CALCAGNO. — (*Hincando la rodilla.*) Sí ; he pronunciado la palabra. ¡ Amor, señora ! La vida ó la muerte se hallan para mi en vuestros labios. Si mi pasion es un crimen, la virtud y el vicio son una misma cosa y la misma condenacion alcanza al cielo y al infierno.

LEONOR. — (*Retrocediendo airada y con dignidad.*) ¡ A eso iba á parar tu compasion, pérfido ! ¿ Así haces traicion de una vez al amor y á la amistad ? ¡ Lejos de mí para siempre, odiosa raza ! Hasta ahora creí que sólo engañabas á las mujeres ; ignoraba que tambien te vendes á ti misma.

CALCAGNO. — (*Estupefacto.*) ¡ Señora !

LEONOR. — No le basta á ese hipócrita romper el sagrado sello de la confianza ; le es necesario empañar con venenoso aliento el limpio espejo de la virtud , y acostumar al perjurio á la misma inocencia.

CALCAGNO. — (*Con viveza.*) ¡ Como no sois vos la única en perjurar !

LEONOR. — Comprendo. Mi pena debiera pervertir mi corazon. (*Con nobleza.*) ¿ Ignorais por ventura que la misma desgracia, la grandiosa desgracia de ser engañada por Fiesco, ennoblece el corazon de la mujer ? Id enhoramala. Bien puede la deshonra de un Fiesco degradar á la humanidad , pero nunca levantar á un Calcagno hasta mí. (*Vase.*)

CALCAGNO. — (*Mirándola sorprendido y golpeándose la frente.*) ¡ Qué necio soy !

ESCENA IV.

FIESCO — EL MORO.

FIESCO. — ¿ Quién acaba de salir de aquí ?

EL MORO. — El marques de Calcagno.

FIESCO. — Han dejado en el sofá un pañuelo... Mi mujer estaba aquí.

EL MORO. — Acabo de encontrarla vivamente agitada.

FIESCO. — El pañuelo está humedecido. (*Lo recoge.*) ¡ Aquí, Calcagno !... ¿ Leonor conmovida ? (*Tras breve instante de reflexion.*) Esta misma tarde me enterarás de lo que sucede.

EL MORO. — La señorita Arabella gusta de que le digan que es muy rubia ; ella hablará.

FIESCO. — Hète pasadas treinta horas desde que recibiste mis órdenes. ¿ Las has cumplido ?

EL MORO. — Sin olvidar una jota, señor.

FIESCO. — (*Sentándose.*) Cuéntame qué se dice de Dória y el gobierno actual.

EL MORO. — ¿ Qué dicen ?... Pestes, señor. El solo nombre de Dória les da calentura. Odian mortalmente á Gianettino y todo se vuelve murmurarle. Los franceses — dicen — eran los ratones de Génova, y Dória el gato que los ha devorado y se entretiene ahora en comerse los ratoncillos.

FIESCO. — Bien puede ser. ¿ No conocen algun perro para tales gatos ?

EL MORO. — (*Ligeramente.*) En alguno que otro sitio de la ciudad se habla de cierto... de cierto... ¡ Diablo !... ¿ Si habré olvidado el nombre ?

FIESCO. — (*Levantándose.*) Imbécil ! Tan fácil es retenerlo en la memoria , como difícil fué el adquirirlo. ¿ Acaso Génova posee más de uno ?

EL MORO. — No, por cierto, como no posee dos Lavagnas.

FIESCO. — (*Sentándose.*) Esto es algo. ¿Y qué dicen de mi vida disipada?

EL MORO. — (*Mirándole asombrado.*) Oidme, conde de Lavagna. Preciso es que Génova os tenga en mucho. Nadie se resigna á creer que tan noble caballero, dotado de talento y energía, vehemente, de gran influjo, posesor de cuatro millones... un hombre que lleva en las venas sangre de príncipe, un caballero como Fiesco, que á una señal suya arrastraría consigo todos los corazones...

FIESCO. — (*Volviéndose con desprecio.*) ¡Que deba oír esto de labios de un granuja!

EL MORO. — ... Que el grande hombre de Génova se duerma, mientras Génova se derrumba. Muchos lo sienten y otros se rien de ello, pero los más os condenan y todos compadecen al Estado, porque os ha perdido. Un jesuita pretende que le huele á zorra el cordero.

FIESCO. — Una zorra huele á otra. ¿Qué dicen de mis romancescas relaciones con la condesa Imperiali?

EL MORO. — Algo que de buena gana callaría.

FIESCO. — Habla con libertad. Cuanto más osado, con mayor gusto te escucharé. ¿Qué se murmura?

EL MORO. — No se murmura; se dice á voz en grito, en tabernas y billares, en posadas y paseos, en el mercado, en la Bolsa...

FIESCO. — ¿Qué? Te lo mando.

EL MORO. — (*Retirándose.*) Que estais loco.

FIESCO. — Muy bien. Toma un zequí por tu relato. Por dar qué pensar á los genoveses empuñé el cetro de la locura, y ahora voy á cortarme el pelo para competir con sus arlequines. ¿Cómo recibieron los tejedores de seda mis regalos?

EL MORO. — (*En tono chancero.*) Señor loco, parecían pobres reos...

FIESCO. — ¡Señor loco!... ¿Has perdido el juicio, camarada?

EL MORO. — Perdonadme; me dió el antojo de ganar algunos zequíes más.

FIESCO. — (*Riéndose, le da otro.*) Sigue... pobres reos...

EL MORO. — ... que reciben de golpe el indulto, con la soga al cuello. Están con vos, en cuerpo y alma.

FIESCO. — Lo celebro, porque son los que disponen del populacho.

EL MORO. — ¡Qué escena!... Lléveme el diablo si faltó mucho para que me aficionara á la generosidad. Se echaron á mi cuello como locos. Tanto se acercaban á mi negra cara las muchachas, que parecían del mismo color de mi padre. Yo decía para mí: ¡Qué poder el del dinero que hasta á un moro puede hacer blanco!

FIESCO. — Mejor es tu pensamiento que el fango en que germina. Buenas son las noticias que traes, y sólo falta que se conviertan en obras.

EL MORO. — Como en horrisona tempestad el ligero rumor del trueno. Ya se buscan y se reúnen y murmuran, apenas acierta á pasar un extranjero. Reina el bochorno en Génova y el descontento se cierne como espesa nube sobre la República... Basta una ráfaga de viento para que estallen los rayos y caiga el granizo.

FIESCO. — Silencio. Oye... ¿Qué rumor es ese?

EL MORO. — (*Mirando por la ventana.*) Los gritos de la muchedumbre que vuelve de la casa capitular.

FIESCO. — Hoy se elige el procurador. Di que traigan el coche. Es imposible que la sesión haya terminado... quiero asistir á ella... es imposible que haya legalmente terminado... La espada y la capa... ¿Dónde está mi placa?

EL MORO. — Señor, os la he robado y empeñado.

FIESCO. — Pues me alegro.

EL MORO. — ¿Y no recibiré mi recompensa?

FIESCO. — ¿Por no haber robado también la capa, tal vez?

EL MORO. — Por haber descubierto el ladrón.

FIESCO. — Suena más cerca la algazara. Oye, ¿aplauden? (*Con viveza.*) Date prisa, abre la puerta del patio. No sé qué me da el corazón. Doria es atrevido como él solo... El gobierno se bambolea sobre la punta de un alfiler. Apuesto á que va á pasar algo en la Signoria.

EL MORO. — (*Gritando desde la ventana.*) ¿Qué hay? Vienen por la calle Balbi, á millares... ¡Ya centellean las alabardas y las espuelas!... Se refugian hácia acá los senadores.

FIESCO. — ¡Un motin!... Mira, vé á mezclarte con ellos y pronuncia mi nombre. Haz que vengan aquí. (*El Moro se va corriendo.*) Lo que la hormiga arrastró y amontonó á fuerza de paciencia, lo dispersa el viento del azar en un abrir y cerrar de ojos.

ESCENA V.

FIESCO, ZENTURIONE, ZIBO, ASSERATO, salen atropelladamente.

ZIBO. — Dispensadnos, Conde, que entremos sin anunciarnos.

ZENTURIONE. — He sido ofendido, mortalmente ofendido por el sobrino del Dux, delante de toda la Signoria.

ASSERATO. — Doria ha manchado el libro de oro, del que es una página cada noble genovés.

ZENTURIONE. — Ahí teneis por qué estamos aquí. En mi persona ha sido insultada la nobleza entera, y la nobleza entera debe tomar sobre sí mi venganza. Cuanto á mi propio honor, sabré defenderlo sin necesidad de auxilio alguno.

ZIBO. — La nobleza comparte su cólera y está que arde.

ASSERATO. — Los derechos de la nación han sido aniquilados. La libertad de la República recibió un golpe mortal.

FIESCO. — ¡Por Dios que me teneis en viva expectación!

ZIBO. — Él era el vigésimo nono á votar. Había echado una bola de oro y debía elegir el procurador. Se acababan de recoger veinte y ocho votos; catorce por mí, catorce por Lomellino, y él y Doria se habían abstenido hasta entonces.

ZENTURIONE. — (*Interrumpiéndole.*) Faltaban aún dos votos. Yo he votado por Zibo. Doria... ¡mirad qué ultraje!... Doria...

ASSERATO. — (*Toma de nuevo la palabra.*) No se vió nada parecido en Génova, desde que el mar baña sus muros.

ZENTURIONE. — (*Con creciente energía.*) Doria tira de la espada que llevaba oculta bajo el manto de escarlata, y la clava en mi papeleta, gritando á la junta:

ZIBO. — ¡Senadores!... Ese voto es nulo porque está agujereado.

ZENTURIONE. — ¡Lomellino es procurador!... y echa la espada en la mesa.

FIESCO. — (*Pausa.*) ¿Y qué resolveis?

ZENTURIONE. — La República ha sido herida en el corazón... ¿qué resolvemos?

FIESCO. — Zenturione, el más ligero soplo abate la caña, mas para abatir á la encina se necesita un huracán. Vuelvo á preguntaros qué habeis decidido.

ZIBO. — Pensé que nos preguntariais qué decide Génova.

FIESCO. — ¡Génova!... ¡Génova!... No hablemos de ella. ¡Carcomido madero que se quiebra al asirle! Por que les veis cariacontecidos, y se encogen de

hombros cuando se habla del Estado, ¿contais tal vez con los patricios? Mejor es dejarlos. Todo su antiguo y heroico ardor se cifra en los negocios mercantiles y su alma vaga inquieta en torno de la flota de Indias.

ZENTURIONE. — Cuidad de conocerlos mejor. Apenas hubo cometido Dòria su insolente hazaña, más de ciento huyeron hácia la plaza rasgando sus vestidos, y la Signoria se dispersó.

FIESCO. — (*En tono de mofa.*) Sí, como las palomas á la vista del milano.

ZENTURIONE. — (*Con vehemencia.*) No, sino como la pólvora inflamada.

ZIBO. — El pueblo está fuera de sí. ¿De qué no será capaz el jabalí herido?

FIESCO. — ¿Quién? Ciego y torpe gigante que primero mete mucho ruido sacudiendo la pesada osamenta y parece que va á tragarse con su boca cuanto existe, lo grande y lo pequeño, lo próximo y lo lejano, para tropezar luego en una hilaza. ¡Es inútil, genoveses! Ha pasado la época de los soberanos del mar. Génova yace abrumada bajo el peso de su propio nombre y se halla en el mismo caso que la invencible Roma cuando fué á dar como un rehilete en la pala de un niño, el desmedrado Octavio. Ni puede ya ser libre. Sólo un monarca puede reanimarla. Génova necesita un dueño. Así, mejor es que rindais pleito-homenaje al atolondrado Gianettino.

ZENTURIONE. — Sí, cuando se reconcilien los contrarios elementos y el polo norte se lance al encuentro del polo sud... Vamos, compañeros.

FIESCO. — Aguardad, aguardad. ¿Qué estás pensando, Zibo?

ZIBO. — Nada, una chanza que será tenida por un terremoto.

FIESCO. — (*Llevándole hácia una estatua.*) Contemplad esa figura.

ZENTURIONE. — Es la Venus de Florencia. ¿Pero qué tenemos que ver con eso ahora?

FIESCO. — ¿Pero os agrada?

ZIBO. — Sin duda. Malos italianos seríamos si no nos agradase. ¿Á qué esa pregunta?

FIESCO. — Pues bien, recorred el mundo entero si quereis, y buscad entre las mujeres más hermosas una sola que reuna en sí todos los atractivos de esta obra de arte.

ZIBO. — ¿Y qué sacaremos de eso?

FIESCO. — Nada; convencer á la imaginacion de embuste.

ZENTURIONE. — (*Impaciente.*) ¿Pero qué ganamos con eso?

FIESCO. — Pues nada menos que la solucion del eterno problema entre la naturaleza y el arte.

ZENTURIONE. — (*Con calor.*) ¿Y entonces?...

FIESCO. — Entonces, entonces... (*riéndose*) olvidareis el espectáculo de la ruina de Génova.

ESCENA VI.

FIESCO solo.

(*El tumulto crece al rededor del palacio.*) ¡Bravo!... ¡bravo! Ya tenemos á la República ardiendo. Torres y casas son pábulo de las llamas. ¡Adelante! ¡adelante! hasta que sea general el incendio y el viento traiga consigo la destruccion.

ESCENA VII.

EL MORO, acudiendo precipitadamente. — FIESCO.

EL MORO. — Ya van reuniéndose.

FIESCO.— Abre las puertas de par en par y deja que entre quien quiera.

EL MORO.— ¡ Qué republicanos ! Doblan el cuello al yugo para ir tirando de la libertad , y bufan jadeantes como bueyes bajo el peso de la aristocracia.

FIESCO.— ¡ Pobres locos que se figuran que Fiesco de Lavagna continuará lo que no empezó ! Muy oportunamente llega la sedicion , pero á mí me toca conspirar. Ya se precipitan por la escalera.

EL MORO.— ¡ Hola ! ¡ Hola ! Ahora entrarán con mucha cortesía... derribando las puertas.

(El pueblo se precipita en la sala. La puerta cae hecha astillas.)

ESCENA VIII.

FIESCO.—Doce Obreros.

TODOS.— ¡ Muera Dória !... ¡ Muera Gianettino !

FIESCO.— Más bajo, más bajo, compañeros. La visita que me haceis , es para mí una prueba de buen corazon , pero tengo los oidos delicados.

TODOS.— (*En tumulto.*) ¡ Abajo Dória !... ¡ Abajo el tío y el sobrino !

FIESCO.— (*Después de haberlos contado ; sonriendo.*) ¡ Doce hombres !... ¡ Numeroso ejército !

ALGUNOS.— Es necesario echar á los Dórias y constituir el Estado bajo otra forma.

1.^{er} OBRERO.— ¡ Parece imposible !... ¡ Arrojar escalera abajo á los electores !

2.^o OBRERO.— ¿ Ois, Lavagna ?... escalera abajo porque le contrarian en la eleccion.

TODOS.— Esto no debe sufrirse... no debe sufrirse.

3.^{er} OBRERO.— ¡ Desenvainar la espada en el Consejo !

1.^{er} OBRERO.— ¡ La espada !... ¡ El signo de la guerra en el santuario de la paz !

2.^o OBRERO.— ¡ Presentarse con un manto de escarlata en el Senado, en vez de ir vestido de negro, como los demas senadores !

1.^{er} OBRERO.— ¡ Recorrer la capital con un tiro de ocho caballos !

TODOS.— ¡ Tirano ! ¡ Traidor al pais y al gobierno !

2.^o OBRERO.— ¡ Tomar á sueldo doscientos alemanes del imperio para su guardia !

1.^{er} OBRERO.— ¡ Armar á los extranjeros contra los hijos del pais, tudescos contra italianos, soldados contra las leyes !

TODOS.— ¡ Traicion !... ¡ Tiranía ! Esto es acabar con Génova.

1.^{er} OBRERO.— ¡ Llevar en la portezuela de su coche el escudo de la República !

2.^o OBRERO.— Y la estatua de Andrés al palacio de la Signoria !

TODOS.— Hagámosle pedazos á él y la estatua.

FIESCO.— Pero ¿ por qué me lo decis á mí todo eso, genoveses ?

1.^{er} OBRERO.— Vos no debeis consentirlo... debeis meterle en cintura.

2.^o OBRERO.— Sois valiente y no es posible que lo sufrais. A vos toca sostener nuestra causa.

1.^{er} OBRERO.— Sois más noble que él ; que os trague ; no le tolereis.

FIESCO.— Vuestra confianza me honra en extremo. ¿ Podré justificarla con mis actos ?

TODOS.— (*En tumulto.*) ¡ Hiere... derriba... libértanos !

FIESCO.— ¿ Quereis oír un consejo ?

ALGUNOS.— Hablad , Lavagna.

FIESCO.— (*Sentándose.*) Cuentan, genoveses , que un día se introdujo la discordia en el reino de los animales. Todo se volvia luchar entre los partidos, hasta que un perro de matarife se apoderó del trono. Acos-

tumbrado á llevar al matadero las reses, se condujo en el gobierno como quien era, aullando, mordiendo y royendo á su pueblo hasta los huesos. La nacion murmuraba, y los más atrevidos se reunieron un dia y degollaron al real alano. Entonces se celebró una junta magna para dilucidar la gran cuestion, á saber; cuál era el gobierno mejor. Los concurrentes se dividieron en tres partidos. Veamos, genoveses, ¿por cuál de ellos os hubierais decidido?

I.^{er} OBRERO.— ¡Por el del pueblo! ¡Todo por el pueblo!

FIESCO.— Este triunfó realmente y el gobierno fué democrático. Todo ciudadano tenia voto, y decidia la mayoría. En esto se pasaron algunas semanas, hasta que un dia el hombre declaró la guerra á la recién fundada república y con este motivo volvió á reunirse la asamblea. El caballo, el leon, el tigre, el oso, el elefante y el rinoceronte se adelantaron gritando á las armas. Pero les llega el turno á los demas, y el cordeiro, la liebre, el ciervo, el asno, todo el enjambre de insectos, la tímida bandada de aves y peces, piden la paz lloriqueando. ¿Estais? Los cobardes eran más que los valientes, los necios más que los sabios, y la mayoría triunfó, y el reino de los animales depuso las armas, y el hombre lo sometió á su dominio. Con esto fué abolido semejante sistema. A ver ahora, ¿á cuál os inclinariais?

EL I.^o Y EL 2.^o OBRERO.— Votaríamos por la existencia de varias cámaras.

FIESCO.— Pues este fué el parecer que prevaleció. Los negocios de Estado fueron desde entonces de la incumbencia de varias cámaras. A los lobos se les encargó la hacienda; tenían por secretarios á las zorras; las palomas presidian los tribunales de justicia; los tigres cuidaban de las conciliaciones y los machos cabrios de las desavenencias conyugales. Se armaron

las liebres, y en cambio los leones y elefantes iban á retaguardia con los bagajes. El asno era el embajador del reino, y el topo, interventor general de la magistratura. Ya podeis figuraros qué ocurriria con tan acertada distribucion de funciones. Quien escapaba á los dientes del lobo caia en los de la zorra, y quien tenia la suerte de salvarse de ésta, en las patas del asno. Los tigres degüellan á los inocentes, y las palomas indultan á los asesinos y ladrones; y si por fin se formaba expediente á los magistrados, al topo le parecen siempre intachables. Con esto los animales se sublevaron y hubo un clamoreo general. Elijamos, decian, un monarca que tenga buena cabeza y buenas patas, y un solo estómago. Y se sometieron á un jefe único... sólo á uno, genoveses, pero... (*irguiéndose altivo en medio de ellos*) era un leon.

TODOS.— (*Palmoteando y echando al aire los gorros.*) ¡Bravo!... ¡bravo!... Pues hicieron muy bien.

I.^{er} OBRERO.— Y Génova debe imitarles. Génova cuenta con un hombre.

FIESCO.— No quiero saber quién sea. A casa todos y pensad en el leon. (*Los obreros se precipitan hácia la puerta.*) Esto marcha. El pueblo, como el Senado, está contra Dória y en favor de Fiesco... ¡Hasan!... ¡Hasan! Me conviene fomentar tales odios y tales simpatias... Hasan... Hasan... á ver... hi de cabra... Hasan.

ESCENA IX.

EL MORO.— FIESCO.

EL MORO.— (*Acudiendo solícito.*) Me arden aún los piés... ¿Qué hay de nuevo?

FIESCO.— Lo que voy á mandarte.

EL MORO.— (*Con humildad.*) ¿A dónde debo ir antes, y á dónde despues?